

JOSÉ ENRIQUE ETCHEVERRY

LA «REVISTA NACIONAL»

(1895 - 1897)

I

La consideración de la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* dentro de una publicación dedicada a la literatura del *novecientos* puede juzgarse, a primera vista, impropio. Los límites cronológicos de la revista (1895-1897) parecen colocarla fuera de la época considerada. Su contenido, el conjunto de las colaboraciones que reúne y de los escritores que aportaron su concurso, no permitiría adjudicarle, por lo menos en sentido total, una filiación novecentista o modernista.¹

Relegando para el final la consideración de este segundo problema, cabe recordar, en cuanto al primero, el valor meramente aproximativo de las fechas, su naturaleza simplemente instrumental, su intrínseca relatividad y provisionalidad, con relación a los movimientos literarios, formas particulares de los movimientos más amplios de la cultura y de la historia. La dimensión cronológica no determina realidades que la superan y rebasan; sólo si garantiza, y en un sentido casi didáctico, su más firme comprensión, su inteligibilidad más acabada. El modernismo hispanoamericano, el novecen-

1. Conviene fijar, desde el comienzo, el valor que se asigna en el presente estudio a los rótulos, imprecisos en sí, de modernismo y novecentismo. Federico de Onís, en la *Introducción a la Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*, Madrid, 1934, da del Modernismo la siguiente definición, extraordinariamente amplia: "El modernismo es la forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu que inicia hacia 1885 la disolución del siglo XIX y que se habría de manifestar en el arte, la ciencia, la religión, la política y gradualmente en los demás aspectos de la vida entera, con todos los caracteres, por lo tanto, de un hondo cambio histórico cuyo proceso continúa hoy." (Pág. XV.) En estas páginas preferimos identificar al Modernismo con aquella parte especial del mismo que Rubén Darío capitaneó y que Rodó y Clarín denominaban *decadentismo azul* o *candoroso* (ver nota 33). Aunque, aclaremos, no todo el Modernismo se agote en la manera rubendariana.

La definición de De Onís, que reputamos certera, nos parece mejor aplicarla al novecentismo. Éste, con relación al modernismo, es una calificación de mayor capacidad. Dentro del novecentismo es lícito y procedente incluir al modernismo. Pero hay un dilatado espacio del primero que no se colma con elementos del modernismo literario. Por ejemplo: el movimiento americanista, fruto genuino, en su formulación intelectual, del *novecientos*, sólo si por descuido puede involucrarse en el modernismo que tiende, en la consideración de la crítica contemporánea, a restringir sus fronteras y su contenido. El modernismo —corriente acrática e individualista— rechazaría la calidad gregaria, los aglutinantes ideológicos que parecen ser características de la tendencia americanista.

tismo uruguayo, no eluden estas puntualizaciones. Y si ambos culminan o dan sus frutos más genuinos en los primeros años del siglo veinte —el solo nombre de *novecentismo* ya impone una comprobación de índole temporal— ambos encuentran su raigambre y, aún, producen obras memorables, en las postrimerías del siglo anterior.

La *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* surgida y desaparecida antes de la alborada del siglo nuevo, merece, no obstante, ser considerada una publicación del *novecientos*. A demostrarlo están dirigidas estas páginas.

II

Los orígenes de la *Revista Nacional* han sido relatados por Víctor Pérez Petit en el libro *Rodó. Su vida. Su obra*. (Montevideo, 1937). Señala el autor, en primer término, que el surgimiento de la revista respondió a la evolución de una idea más ambiciosa concebida por José Enrique Rodó, los hermanos Martínez Vigil, Félix Bayley y Eduardo Pueyo: la de fundar una Academia Nacional cuyo fin fuera velar por el idioma. Pero "...los incipientes académicos descubrieron ser más práctico fundar una revista literaria..."; "...la nueva generación tenía necesidad de una revista propia, que fuera libre palenque de las especulaciones espirituales." (Op. cit., pág. 66). Recuerda, también, su ingreso en el grupo directivo de la publicación —en el que figuraban Rodó y los Martínez Vigil, habiéndose apartado las otras dos personas mencionadas— luego de los infructuosos intentos para obtener el concurso de Benjamín Fernández y Medina. Y continúa: "En frecuentes entrevistas, celebradas ora en la casa de Martínez Vigil, ora en la redacción de *Montevideo Noticioso*, que dirigía J. A. Zubillaga, quedamos todos de acuerdo. Yo también había tenido el propósito, más de una vez, de fundar una revista (...). Pero, la falta de editor, había dado siempre al traste con todos mis deseos. Júzguese, pues, si recogería con entusiasmo la idea de aquellos compañeros. Sin más rodeos ni embajes, discutimos el formato de la publicación, el nombre que le pondríamos, el tipo en que sería impresa, la elección de materiales, etc." (Op. cit., pág. 68). Extiende después, en varias páginas, datos para una historia pintoresca de la revista que ilustra con profusión de anécdotas, el relato de las dificultades que hubieron de vencer para mantener su continuidad, la acogida que le dispensó la prensa, el éxito alcanzado, etc.

Publicación de jóvenes, la *Revista* fué el medio apto para dar cauce y salida a entusiasmos literarios, a energías nuevas necesitadas

de un objeto digno al que aplicarse. Sin embargo, las directivas que desde un principio le fueron impuestas, la línea temática adoptada, la seriedad y el cuidado en la elección de los colaboradores, evitaron lo que ha sido y sigue siendo carácter predominante en esta clase de publicaciones: la exuberancia adolescente privada de rigor, la inseguridad propia de los primeros pasos. Alcanzó desde su nacimiento una rara madurez; la mantuvo, con infrecuentes altibajos, a lo largo de toda su existencia.

El 5 de marzo de 1895 apareció el primer número de la *Revista*.² Dejó de aparecer con el N° 60 correspondiente al 25 de noviembre de 1897. Expone la Redacción al final del número mencionado: "Desde el número próximo la REVISTA NACIONAL modifica sus condiciones materiales y aparecerá en la forma adoptada universalmente por las principales publicaciones de su índole. Su publicación será mensual y cada número constituirá un opúsculo de 64 páginas del formato de la *Revue de Deux Mondes* y de *La España Moderna*. El presente número cierra, pues, el tomo tercero de la publicación, cuyo índice y portada serán repartidos á los suscriptores conjuntamente con el próximo número de la REVISTA. Nuestros favorecedores sabrán seguramente apreciar la importancia de esta mejora, que pone de manifiesto nuestro constante afán de hacerla cada día más digna del crédito de que goza dentro y fuera de la República." (Tomo III, pág. 192.)

Pese a esa voluntad de prosecución esta vez el cese de la revista fué definitivo. Sus causas podemos rastrearlas en dos fuentes: el libro mencionado de Víctor Pérez Petit; el epistolario de José Enrique Rodó.

Dice Víctor Pérez Petit: "La guerra que había azotado al país durante el año 1897, contra el Presidente Idiarte Borda; la fatiga

2. Las entregas se fueron sucediendo quincenalmente —los días 5 y 20 hasta el N° 8; los días 10 y 25 del N° 9 en adelante—; se interrumpió su aparición en dos ocasiones: marzo de 1896, abril y mayo de 1897 (antes de comenzar los tomos segundo y tercero respectivamente y con el fin de regularizar las fechas adaptándolas a la realidad de las entregas, según se aclara en las dos oportunidades: ver Tomo I, pág. 394 y Tomo II, pág. 384). Los números, sesenta en total, se distribuyen en tres tomos (Tomo I: Nos. 1-24; 5/III/895 a 25/II/896. Tomo II: Nos. 25-48; 10/IV/896 a 25/III/897. Tomo III: Nos. 49-60; 10/VI/897 a 25/XI/897). Los tres tomos reúnen, respectivamente, 394, 384 y 192 páginas. La *Revista* publicó dos índices alfabéticos de autores correspondientes a los dos primeros tomos. Las entregas, en general, totalizaban 16 páginas. Sólo hay dos excepciones: el N° 2, 20 de marzo de 1895 —18 páginas—; el N° 24, 25 de febrero de 1896 —24 páginas—. El texto de cada página, en octavo, aparece a tres columnas. Los cuatro primeros números fueron impresos en *Tipografía y Encuadernación L'Utile*; los números 5 a 9 en *Establecimiento Tipográfico L'Italia*; los restantes, en *Tipo-Lito Oriental de Peña Hnos.*

mental que tres años de esfuerzos y preocupaciones continuos nos había propiciado; la necesidad de ejercer nuestra acción en otro terreno —otras más pequeñas causas aún—, nos condujeron a hacer cesar la *Revista Nacional* con el número 60, aparecido el 25 de Noviembre de 1897." (Op. cit., págs. 136-137.)

Estas causas aparecen expuestas de modo más explícito en cartas de José Enrique Rodó.³ El *motivo político*, la guerra civil de 1897, ya había suscitado amargas confidencias del escritor a Juan Francisco Piquet: "¿Quién se acuerda de nuestra querida literatura en días como los que pasan? La existencia de la *Revista* significa ahora un esfuerzo casi heroico de nuestra voluntad! ¿Quién escribe? ¿quién lee? El frío de la indiferencia ha llegado a la temperatura del hielo, para estas cosas." (Fecha: marzo 28 de 1897.) Y en una importante carta al mismo destinatario, de 21 de abril de 1897: "La «*Revista*» puede decirse que aparece para ser leída y circular en el extranjero. De allí vienen ahora los testimonios de estima y las muestras de que se la lee. Si no fuera por eso y por que nuestra voluntad empecinada no se resigna á arriar el pabellón, hubiéramos abierto un paréntesis en su vida. Pero tenemos la convicción de que hacemos una obra buena, patriótica y de que algo de lo que suena la *Revista* por esos mundos se traduce en crédito para el país, aunque ese crédito no se cotize (sic) en el mercado de Londres. Leopoldo Alas dice de la *Revista* en que se refleja el movimiento literario del país «que es una excepción honrosa en América». Mariano de Cavia, en *El Liberal*, comentando la batalla de 3 Árboles, habla con orgullo de raza del valor de nuestros soldados, por desgracia empleado en depedazarse entre sí! — Problema: ¿cuál de los dos juicios honra más á la República? — No se lo pregunte Ud. á nadie, pero dígame ¿no vale eso la pena de meditarse bien?". Otro

3. El lector encontrará, en las páginas que siguen, mencionado con abundancia el nombre de José Enrique Rodó; también, transcripciones frecuentes de trozos de su epistolario. Esa reiteración obedece a tres razones fundamentales: 1) Si bien no creemos que la *Revista Nacional* sea exclusivamente José Enrique Rodó, no vacilamos en afirmar que es Rodó su escritor más importante. Porque si bien encontramos en el índice de la publicación autores que se le equiparan —Rubén Darío por ejemplo— el aporte de los mismos a la *Revista* de ningún modo iguala, en cantidad y calidad, al del crítico uruguayo. Y aunque no se trate de establecer paralelos antipáticos entre Rodó y sus amigos —los co-redactores de la *Revista*— no es posible asignar a ninguno de ellos una significación superior. 2) Como se destaca en el texto, consideramos que la tendencia hispanoamericanista de la publicación, su aspecto más trascendente, le fué impuesto, en grado principalísimo, por José Enrique Rodó. 3) Hemos tenido acceso, únicamente, al Archivo de Rodó existente en la Biblioteca Nacional de Montevideo. De él proceden la totalidad de las cartas que, en forma fragmentaria, transcribimos en el presente estudio o aquellas a las que remitimos en las notas. La consulta de los papeles que pertenecieran a los tres redactores restantes podrá aportar elementos de valor para el esclarecimiento de algunos aspectos de la *Revista*.

motivo del mismo carácter (al que se refiere oscuramente Pérez Petit cuando habla de "la necesidad de ejecutar nuestra acción en otro terreno") fué el ingreso de Rodó, Carlos Martínez Vigil y el propio Pérez Petit en la redacción de *El Orden*, diario de índole política surgido a raíz de los sucesos que culminaron con el asesinato del presidente Idiarte Borda. En varias cartas Rodó se refiere a este hecho. Recogemos, por ser el más ilustrativo, un trozo de la que dirigiera, con fecha 15 de marzo de 1898, a Andrés Mata (que interesaba, además, porque refrenda esa voluntad de prosecución que se reflejaba en el suelto transcrito, y a la que dedicaremos en seguida algunas líneas): "Exigencias de la lucha política, que á todos nos arrastró al terreno de la propaganda y la controversia, nos obligaron á abandonar la *Revista* por algún tiempo para consagrarnos en cuerpo y alma á la prensa diaria. Pero restablecida la tranquilidad, la *Revista* volverá á labrar su surco dentro de breve tiempo."

A estos motivos políticos debe sumarse un *motivo económico*. Leemos, en carta de Rodó a Leopoldo Díaz fechada el 10 de junio de 1898: "Por una transición muy fácil me lleva este orden de consideraciones á hablarle de la *Rev. Nacional*, por la que Ud. me pregunta. La *Revista* no ha desaparecido definitivamente, pero su reaparición no es tampoco cosa segura: depende del éxito de gestiones que hemos iniciado para garantizar su vida mediante una suscripción del Estado á cierto nº de ejemplares. Sin eso, nuestra convicción adquirida es la de que su resurrección sería p^o muy poco tiempo. Vea Ud. lo que ha pasado con *La Biblioteca* de Groussac y lo que pasa con todas las revistas, buenas y malas, que despliegan el vuelo en nuestra América para caer al poco trecho como heridas por una perdigonada certera. Si *El Cojo Ilustrado* vive prósperamente en Caracas es casi seguro que lo deba á la protección ilustrada del gobierno. Pero los gobiernos de América tienen poco de atenienses; no abundan los que se den cuenta de la significación real de las letras en una sociedad civilizada." Que el panorama económico de la *Revista* no era muy halagüeño lo prueba, además, el hecho de que años después de su desaparición aún recibía José Enrique Rodó conminaciones de pago por parte de los imprenteros de un saldo que todavía por entonces estaba pendiente.⁴

Por último, y ya en el campo personal de los redactores, cabe señalar una causa particular a José Enrique Rodó: su designación para llenar la cátedra de Literatura en la Universidad de la República.⁵ Esta tarea ocupó su tiempo en grado importante, según

4. Ver cartas de A. Peña, por la *Tipo Litografía Oriental*, a José Enrique Rodó, de 10 de octubre de 1900, 30 de abril de 1901 y 22 de febrero de 1902.

5. El nombramiento de Rodó para dicho cargo es de fecha 9 de mayo de 1898.

surge de una carta del escritor a Juan Francisco Piquet: "Me tiene usted muy atareado con mi designación p^a ocupar la cátedra de Lit^a de la Universidad, vacante como Ud. sabrá por renuncia del Dr. Blixén. En el próximo junio me haré cargo de la cátedra." (Fecha: Mayo 19 [1898]).

Sin embargo, la interrupción que se decretó con el N^o 60, de la que da cuenta el suelto indicado, no fué considerada en ningún momento definitiva. Meses antes, y frente a rumores de que la *Revista* dejaría de aparecer, Rodó escribía a Piquet estas palabras optimistas: "La «Revista» no ha muerto, ni piensa en morirse. Tiene algo de ave de tormenta: cuanto peores y más borrascosos son los tiempos se siente más llena de bríos y de orgullo. Si se reprodujera el Diluvio universal ese mismo día saldría del tamaño de «El Siglo»." (Fecha: 4 de enero de 1897.) Aun después del 25 de noviembre de 1897, Rodó hablaba del carácter temporario de la suspensión, alegando como motivo el cambio de formato, señalando una época más o menos precisa para su resurgimiento, pidiendo colaboraciones, o afirmando que determinado artículo habría de aparecer en el próximo número.⁶ Todavía, en junio de 1898 Rodó emplea el mismo tono de seguridad, aunque ya lo atempera con un "acaso": "Esa idea de unidad intelectual americana fué una de las inspiraciones que nos estimularon en la dirección de la «Rev. Nac.» — periódico que fundé con distinguidos compañeros y cuya reaparición no se hará esperar acaso mucho tiempo." (En carta a Baldomero Sanín Cano de 1^o de junio de 1898.) En el mismo sentido, el trozo arriba transcrito de la carta a Leopoldo Díaz (10 de junio de 1898).

El proyecto de hacer resurgir la *Revista Nacional* fué mantenido durante algún tiempo en especial por José Enrique Rodó y Víctor Pérez Petit. "Con Rodó, en efecto, hablamos de dar a luz una revista mensual de 64 u 80 páginas de texto, según el formato de la *Revue de Deux-Mondes* o *La Lectura*. Pero el temor de que fueran a creer las gentes que habían surgido desinteligenacias con los otros dos compañeros de la *Revista*, hizo desistir a Rodó de sus propósitos. Por dos o tres veces, más tarde, me volvió a hablar de la posibilidad de resucitar la publicación; pero, ya habíamos dejado de ser muchachos..." (V. P. P., op. cit., pág. 137.) Para el autor de *Ariel* siempre fué una idea entrañable la publicación de una revista americana que significara el ágora intelectual de las nuevas generaciones y el instrumento más adecuado para lograr la confraternidad

6. Cartas a Leopoldo Díaz (23 de enero y 10 de marzo de 1898), a Andrés J. Montoliú (8 de febrero de 1898), a Francisco García Cisneros (8 de febrero de 1898), a J. M. Herrera e Irigoyen (abril de 1898), a Ricardo Jaimes Freyre (2 de abril de 1898).

literaria y cultural del Continente.⁷ La *Revista Nacional* pudo haber llenado ese papel. Desaparecida ella se perdió una oportunidad inmejorable de hacer del Uruguay, de una revista uruguaya, el centro de gravedad del movimiento; la repercusión que alcanzara la *Revista*, las vinculaciones que ya había logrado, permiten sostenerlo. Alguna tentativa aislada, algún tímido principio de realización, no llegaron, después, a dar los frutos deseados.

III

En el primer número de la *Revista Nacional* se publicó un *Programa*, el constante y por lo general prescindible programa de esta clase de publicaciones con el que los redactores buscan iluminar la ruta que habrían de recorrer.

Se le asigna allí, como finalidad primaria y primordial, la de dotar a la nueva generación de una revista "que fuera su expresión genuina en cuanto atañe a los elevados ideales que persigue en materia científica y literaria, y que no tuviese atingencia con el carácter distintivo de las hojas diarias de publicidad, las cuales, por el propio ministerio para que han sido fundadas, prestan más atención al teje maneje de la política y á las informaciones del noticierismo sensacional, que á los trabajos de la abstrusa ciencia ó de las letras humanas." En tal sentido, la *Revista* habría de representar, para la generación del momento, el mismo papel que para las anteriores significaron *El Iniciador*, *La Revista del Plata*, *La Bandera Radical*, *Anales del Ateneo* y la *Revista de la Sociedad Universitaria*. Con cierta severidad se enjuicia la realidad intelectual uruguaya; la *Revista Nacional* estaría destinada "a sacudir el marasmo en que yacen por el momento las fuerzas vivas" de esa misma intelectualidad.

El *Programa* no es, por cierto, ejemplo de originalidad. Plantea, en general, la situación literaria en que ha de desarrollarse y actuar. Recorre algunos nombres conocidos. Impone normas y condiciones para los trabajos que publicaría en sus columnas. De ningún modo se enfrenta al verdadero problema del momento, a sus necesidades; ni propone soluciones, aquellas por las que la *Revista* habría de luchar. Se recoge la impresión de que los redactores sólo aportaban a la empresa su entusiasmo y su devoción por la literatura.

7. Rafael Alberto Arrieta, refiriendo una entrevista mantenida con Rodó "un año antes de su muerte", dice: "Hablamos... Habló el maestro, de arte, de letras y hombres, de un vasto plan de revista latinoamericana que no llegó a realizar." (En *Ariel Corpóreo* —*Letras extranjeras*— "Una hora con José Enrique Rodó". Editorial "Buenos Aires", 1926, pág. 163.)

Se echa de menos una ideología rectora, una declaración de principios, un principio eje a partir del cual la *Revista* desarrollara su acción. Sólo si al final del *Programa*, y luego de prestigiar, con alguna cursilería, las virtudes del trabajo, se estampa un lema —*laboremus*— cuya vaguedad y amplitud lo hacen intrascendente.

Esta misma indeterminación en sus propósitos permite desde ya señalar una característica de la *Revista* que creemos fundamental. No fué una publicación de círculo o escuela literaria, generalmente aglutinadas en virtud de un principio o de una fórmula. Careció, quiso carecer seguramente, de una actitud polémica aún en el menos comprometedor campo del arte literario. Fijó desde un principio, y a través del recuerdo de algunos nombres de la generación anterior, su voluntad de no romper bruscamente con el pasado, de no aspirar a gestos iconoclastas. De donde se deriva una contradicción más aparente que real: la *Revista Nacional*, revista de jóvenes, que quiso ser tribuna de la juventud, no fué una revista juvenil. Careció, para serlo, de la exageración en el entusiasmo y en el repudio. Se le podría catalogar, primariamente, como una revista de transición.⁸

Sin embargo no siempre careció la *Revista Nacional* de esa idea rectora que se echa de menos en sus comienzos. Y es la asunción a la misma lo que le confiere su actual importancia, su indudable permanencia. La idea americanista o, mejor, hispanoamericanista, llegó a constituir, efectivamente, su principio eje. Y así, una revista que sólo aspiraba a ser, al iniciarse, expresión y voz de la joven intelectualidad uruguaya, pasó a constituir, por la voluntad consciente de sus redactores y por la acogida que en América se le dispensó, el órgano de la nueva generación americana.

Pueden encontrarse en la misma *Revista* y en el epistolario de José Enrique Rodó las pruebas de esta ascensión al americanismo. Y hasta puede señalarse con una fecha el momento inicial de ese cambio de rumbo. En el N^o 26 correspondiente al día 25 de abril de 1896, se publica una carta de José Enrique Rodó a Manuel B. Ugarte, director de la *Revista Literaria* de Buenos Aires, fechada el 1^o de abril del mismo año.⁹ Es útil reproducir, sin comentarios

8. "Libre de exclusivismos odiosos y de parcialidades censurables, la REVISTA NACIONAL ha permanecido fiel á su propósito de atraer á sus páginas todo lo que represente una fuerza moral ó intelectual enderezada al bien, á la verdad y á la belleza. Los viejos y los jóvenes, los veteranos y reclutas del pensamiento han fraternizado bajo la sombra de la bandera desplegada por la REVISTA en la obra meritoria de mantener vivo el entusiasmo por las bellas letras y en la de pugnar briosamente por el triunfo de las aspiraciones de que esa misma bandera es simbólica expresión." (Fragmento del primer Suelto correspondiente al N^o 24 —final del primer tomo— pág. 394.)

9. El N^o 26 es el segundo de los del tomo segundo. Merece destacarse este hecho. El primer tomo de la *Revista* obedece al rumbo inicial, el nacionalista; ya desde el principio del segundo la nueva tendencia —la hispanoamericanista— se impone.

algunos párrafos de esta importante carta, suficientemente ilustrativos por sí mismos: "Aludo al sello que podemos llamar de *internacionalidad* americana, impreso por V. á esa hermosa publicación, por el concurso solicitado y obtenido de personalidades que llevan á sus páginas la ofrenda intelectual de diversas secciones del Continente. Lograr que acabe el actual desconocimiento de América por América misma, merced á la concentración de las manifestaciones, hoy dispersas, de su intelectualidad, en un órgano de propagación autorizado; hacer que se fortifiquen y se estrechen los lazos de confraternidad que una incuria culpable ha vuelto débiles, hasta conducirnos á un aislamiento que es un absurdo y un delito, son para mí las inspiraciones más plausibles, más fecundas, que pueden animar en nuestros pueblos á cuantos dirigen publicaciones del género de la de V." El párrafo final de esta carta interesa como compendio de la misma y porque tiende a substituir el deslavado lema inicial por uno nuevo —más substancioso y trascendente— que desde ese momento pasa a ser, virtualmente, el de la *Revista Nacional*: "Grabemos, entre tanto, como lema de nuestra divisa literaria, esta síntesis de nuestra propaganda y nuestra fe: *Por la unidad intelectual y moral de Hispano-América.*"¹⁰ Y en carta a Tomás O'Connor D'Arlach de 13 de octu-

10. El epistolario de Rodó permite seguir, a través de tres cartas, la mencionada expansión al americanismo; y permite sostener que la misma tuvo un brevísimo momento intermedio: el rioplatense. En carta a Aurelio Berro del 24 de febrero de 1896, y manteniéndose todavía en los primitivos límites de la *Revista*, expresa: "La redacción de la «*Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*», de la que formo parte, aspira á hacer de esa publicación el fiel reflejo de la intelectualidad de nuestra tierra, y conceptúa un deber que le impone ese propósito audaz pero bien intencionado que la anima, el ofrecer las páginas de la *Revista* á todos aquellos que por sus talentos probados honran y dignifican el pensamiento nacional en cualquiera manifestación de su actividad." Luego, el 9 de marzo de 1896, escribe a Manuel Ugarte: "Retribuyendo el galante ofrecimiento que de las páginas de su interesante *Revista Literaria* hizo Vd. á los redactores de la *Revista Nacional*, y aprovechando la oportunidad en que ésta se dispone á poner término á su tomo primero con un número en el que procurará que figuren las más conocidas y mejor conceptuadas firmas de la literatura del Río de la Plata, me es grato dirigirme á Vd. solicitando para ese número su valiosa colaboración." (En un sentido semejante había escrito el 23 de febrero de 1896 al poeta Leopoldo Díaz.) Por fin, la carta al mismo Manuel Ugarte de fecha 1^o de abril de 1896 de la que transcribimos algunos párrafos en el texto. Conviene reproducir, también, dos fragmentos ilustrativos: de la evolución operada en la *Revista*, el primero; del indicado deseo de comunión espiritual con la juventud literaria de América, el segundo. "Realizado ya el principal objetivo que se tuvo en vista al fundarla, por cuanto el movimiento literario de esta república tiene en ella su más fiel y exacto reflejo, nuestra atención y nuestro interés se contraen desde ahora á esa otra vehemente aspiración de nuestro espíritu ["el acercamiento intelectual y moral de los pueblos de la América Española"]. El más seguro medio de alcanzarla nos ha parecido el de dirigirnos á aquellas personalidades cuyo valer y significación en la literatura de América pueden hacer de su nombre una bandera prestigiosa cuando se la inscribe entre los de los colaboradores de una publicación que lleva los propósitos de

bre de 1896, Rodó concreta, en frase certera, la finalidad del quincenario: "Nuestra «Revista» cifra su aspiración más alta en tener por patria la América."

Hemos indicado en la nota 13 dos pedidos de colaboración a escritores argentinos. Fuera de ellos, el primero que, en un sentido americanista, encontramos en el epistolario de Rodó es el dirigido a Rafael Pombo, escritor colombiano, en carta del 16 de abril de 1896. A partir de esa fecha se suceden copiosamente en la correspondencia del uruguayo las solicitudes a escritores de distintos países de América. Y se expresa el deseo de los redactores de la *Revista Nacional* de vincularse con los grupos literarios de esos países, con sus publicaciones, con el espíritu y el ideal que los animaba.¹¹

la nuestra." (En carta a Rafael M. Merchán de 18 de abril de 1896. Consúltese, también, la que dirigiera a Nicanor Bolet Peraza el 10 de mayo de 1896.) "Yo creo que en el arte, en la literatura, es donde principalmente puede contribuirse, hoy por hoy, á estrechar los lazos de esa nuestra unidad casi disuelta. Y creo que son las generaciones jóvenes las que mejor pueden y deben esforzarse en tal sentido. Por eso yo anhelo la amistad de aquellos que como Ud. tienen derecho á influir, é influyen, efectivamente, en la marcha de nuestra generación." (En carta a Rufino Blanco Fombona de noviembre [1897].)

11. José Enrique Rodó aspiraba al estrechamiento de los vínculos entre los grupos literarios de América y España por medio de la acción paralela y encadenada de sus órganos de publicidad, en tanto no fuese posible aspirar a un foco unitario lo suficientemente capaz e importante. "La producción de la intelectualidad americana es hoy muy vasta y compleja para que ella pueda ser, en cualquiera de sus manifestaciones, fielmente representada en las páginas de una publicación que no se modele en un plan extraordinario. Pero cada una de las que dan voz y reflejo á las parcialidades nacionales de nuestra literatura, pueden contribuir por el espíritu de su propaganda y por los medios de comunicación facilitados entre ellas, á la obra de unificación literaria que tendría su expresión ideal en un «Repertorio Americano» del presente. La labor de la inteligencia puesta al servicio de la unión, de la fraternidad, no necesita ser, ciertamente, en este caso, de allanamiento de obstáculos que se funden en la naturaleza, la historia ó las ideas, sino tan sólo de reparaición de alejamientos y de olvidos bajo los cuales se mantiene, inalterable y poderosa, la vieja y fundamental unidad." (José Enrique Rodó: *En el aniversario de América*. En América, Año II, N.º 23, Buenos Aires, 19 de setiembre de 1896, pág. 306.) Los contactos que Rodó mantuvo con distintas publicaciones hispanas y americanas tendían a la realización de ese programa. La acción del escritor uruguayo se desarrolló por la vía del intercambio epistolar con los directores de esas publicaciones y de la colaboración asidua que prestó a las mismas.

Interesa referirse aquí a las vinculaciones entre la *Revista Nacional* y la *Revista Literaria* de Buenos Aires. Rodó pensaba que eran convergentes las trayectorias de ambas publicaciones. Ya señalaba, en la carta a Manuel Ugarte, director de la revista, de 19 de abril de 1896 transcrita en el texto, el sello de "internacionalidad americana" que tenía la revista porteña. Anteriormente, en carta de 9 de marzo de 1896, ofrecía a Manuel Ugarte las páginas de la *Revista Nacional* como retribución a idéntico ofrecimiento hecho por el director de la *Revista Literaria* (Ver nota anterior). Puede seguirse el decurso de esta relación entre Rodó y Ugarte en las cartas del primero fechadas el 24 de marzo, 20 de mayo y 10 de junio de 1896. Con motivo de la desaparición del órgano literario bonaerense escribía Rodó al mismo destinatario: "No necesito decir á Ud. cuán desfavorablemente nos ha impresionado esa noticia, pues Ud. sabe bien que le acompa-

Según se destaca en el capítulo siguiente la *Revista* tuvo éxito en su intento de acercamiento de los intelectuales americanos. Ya en el último año de vida de la publicación decía Rodó a Francisco García Cisneros: "Es Ud. muy benévolo con nosotros y con la *Revista*. Sin duda, lo que inspira a Ud. su benevolencia es lo prestigioso y fecundo de la idea que nos guía en nuestra empresa literaria: la confraternidad, la unidad espiritual de América. De esta noble idea que es nuestra musa, nos enorgullecemos: nó del desempeño de nuestra labor. Y á la fecunda inspiración de nuestra propaganda debemos que sea hoy la *Revista Nacional* tan querida y estimada en América que nos sentimos verdaderamente complacidos, pues por lo que se refiere á nuestro caso, la experiencia ha desmentido enteramente el criterio decepcionado y pesimista con que suele juzgarse de la suerte de tentativas como la nuestra, en estos pueblos." (Fecha: 3 de mayo de 1897.) Y comentaba las razones del éxito obtenido en carta a Rafael Merchán de 31 de mayo de 1897: "Si la *Revista Nacional* (...) tiene algunas probabilidades de buen éxito en su propaganda americanista, lo debe sólo á la acogida benévola que entre los hombres de más significación y prestigio en la intelectualidad americana ha tenido la suerte de encontrar." Por otro lado, basta recorrer los índices correspondientes a los dos primeros tomos de la *Revista* para comprobar el notable aumento de firmas extranjeras que se registra en el tomo segundo con relación al primero. Y pese a que el tomo tercero totaliza la

ñábamos con todos nuestros afectos y todos nuestros votos en su muy honrosa y meritoria labor. Nuestra *Revista* se cree, pues, obligada a renovar en esta oportunidad el ofrecimiento de sus columnas, rogándole quiera considerarla tan de Ud. como la misma que con tanto acierto dirigía." (Fecha: 23 de enero de 1897.) Esta carta mereció contestación de Ugarte; de ella entrescamos un párrafo elocuente: "Una racha de viento adversa se llevó mi revista; la de Vds. queda: la idea está salvada." (Fecha: 12 de febrero de 1897.) En la *Revista Nacional* pueden encontrarse, también, algunas referencias a la publicación porteña. En cuanto a las colaboraciones de Rodó en la *Revista Literaria*, fueron únicamente dos: Para "La *Revista Literaria*" (en el N.º 15, Buenos Aires, 15 de abril de 1896, págs. 214-215; es la carta que también se publicó en la *Revista Nacional*, N.º 26) y *Crítica* (en el N.º 18, Buenos Aires, 30 de mayo de 1896, pág. 271).

Igualmente conviene señalar las vinculaciones con la *Revista Crítica* española que dirigía Rafael Altamira (Ver nota siguiente).

Por último, en carta a J. M. Herrera Irigoyen, director de *El Cojo Ilustrado* de Caracas, expresa Rodó: "En la «*Revista Nacional*» hacemos activa propaganda por la fraternidad de nuestros pueblos de América. Su periódico sirve eficazmente al mismo generoso ideal. El arte es motivo poderoso de simpatía." (s/f. [setiembre de 1897].) Y en la que con fecha 20 de mayo de 1896 dirigiera a Joaquín Rodríguez del Campo solicitaba "quiera indicarle cuáles son en la actualidad los principales periódicos literarios ecuatorianos a fin de q' la *Revista* pueda establecer canje con ellos y conocer debidamente el movimiento intelectual que sostienen las nuevas generaciones en esa culta y floreciente república."

mitad del número de páginas que cada uno de los que lo precedieron, aumenta en él, aún, la cantidad de colaboradores hispano-americanos.

Una precisión importante: no sólo hacia los países del nuevo continente dirigió la *Revista* su atención y su cuidado; no sólo quiso estrechar lazos con las ex-colonias españolas. Ese estrechamiento reconocía en sus bases una comunidad de lengua, una comunidad de raza. De la unidad a que aspiraba no podía quedar, en consecuencia, excluida España. Y fué por intermedio de figuras calificadas de la intelectualidad española que se trató de rehacer los vínculos comunes, relegando, por cierto, los de índole política; afirmando los únicos que podían ya mantenerse: los de naturaleza cultural. Son ilustrativas para el tema las cartas enviadas por Rodó a Leopoldo Alas y Salvador Rueda; y la que remitiera Rafael Altamira al escritor uruguayo, reproducida en el N° 60 de la *Revista Nacional*.¹²

El interés primordial por lo hispanoamericano y lo español de esta revista —que se llamó *Nacional* en vista de sus propósitos primerizos pero que pudo llamarse lícitamente *Americana* o *Hispano-americana* por la evolución de esos propósitos y el claro derrotero que emprendió desde los comienzos de su segundo tomo— interés que hemos tratado de probar apoyándonos en los datos explícitos que surgen del epistolario de Rodó y en el dato implícito constituido por el apreciable aumento en las firmas foráneas que a partir del

12. Pueden consultarse las cartas a Leopoldo Alas de 30 de junio y 5 de setiembre de 1897. De la primera recogemos un párrafo importante: "Bien ha interpretado Ud. uno de los sentimientos en mí más intensos y poderosos, cuando en las líneas que me consagra en un periódico de Barcelona, me presenta como partidario de la unión estrechísima de España y América. A contribuir en la medida de mis fuerzas á tan fecunda unión, he dedicado y me propongo dedicar en lo futuro, muchos de los afanes de mi labor literaria." En la segunda expresa: "Los redactores de la *Revista* agradecemos en el alma sus palabras de aliento y tenemos muy en cuenta sus indicaciones. Aunque nuestra publicación no dejase otra señal de su paso que la de haber contribuído un poco á dar á conocer las aspiraciones y las tendencias de la nueva generación americana y haber llevado su grano de arena á la grande obra de la unidad y fraternidad de los pueblos de habla española, satisfechos quedaríamos del resultado y nos daríamos por bien retribuídos de nuestros esfuerzos." Interesa la contestación de Leopoldo Alas a la carta de 30 de junio, fechada en Candás (Asturias) el 11 de agosto de 1897 (de la que reproducimos unas líneas en la nota 33). También, las cartas de Rodó a Salvador Rueda de 2 de mayo de 1897 y junio del mismo año. Dice Rodó en la última: "Por eso he procurado que la *Revista Nacional* de Montevideo llegue á manos de cuantos personifican la gloria intelectual de la España contemporánea y he dedicado muchas de las páginas que llevo escritas á mantener vivo en el espíritu de mis compatriotas ese sentimiento de unión, hablando con insistencia de las cosas buenas que nos llegan de la producción literaria española y procurando mostrar cómo puede conciliarse con la fidelidad á la tradición de la raza el culto de los ideales nuevos y el amor del progreso y de la libertad." La carta de Rafael Altamira publicada en la *Revista Nacional* (Tomo III, pág. 179) está fechada en Oviedo el 2 de noviembre de 1897; se conserva en el Archivo de Rodó un borrador, sin fecha, de la contestación.

mismo tomo segundo pueden notarse, está, además, abonado por un ejemplo importante: el carácter de las colaboraciones que aportó a la *Revista* quien fuera su crítico más ilustre: José Enrique Rodó. Frente a la crítica ejercitada por Víctor Pérez Petit desde esas mismas páginas, cuya nota dominante es el exotismo de los autores que comenta —figuras centrales o secundarias de las nuevas tendencias en la literatura mundial— verificamos en las páginas de Rodó una línea temática constante en el sentido de no dedicar su atención sino a aquellos temas y a aquellos autores vinculados a la lengua española.¹³

En efecto: de los veintiún títulos que, en materia crítica, configuran la totalidad del aporte de Rodó a la *Revista Nacional* sólo si dos —*El que vendrá, Notas sobre crítica*— no responden estrictamente a la tendencia indicada. El resto de sus trabajos, ya tengan el carácter de nota bibliográfica, o de ensayo a propósito de un escritor o de un tema global o de una publicación periódica, o configuren tan sólo una nota necrológica, o se trate de cartas o fragmentos de cartas, todos, de un modo o de otro responden a una temática hispanoamericana (incluyendo en el término también lo español). Considerada esta realidad y teniendo en cuenta la elocuencia de algunos párrafos del epistolario que hemos transcripto, parece posible afirmar que esa tendencia hispanoamericanista, que pasó a constituir el eje sustancial de la *Revista Nacional*, fué impuesta, predominantemente, por José Enrique Rodó. Y esto tiene una importancia singular, que no ha de escapar al lector, en lo que se refiere al temprano despertar que en el escritor uruguayo tuvo el ideal hispanoamericano.¹⁴

IV

El título mismo de la publicación que comentamos señala el contenido principal de sus páginas: la literatura y las ciencias sociales.

13. Alberto Zum Felde señala esta orientación a lo exótico de Víctor Pérez Petit; y la contrapone, acertadamente, a la actitud moderadora de José Enrique Rodó: "Mientras Rodó —que ya muestra su espíritu ponderado y ecuánime, inclinado al ejercicio de un magisterio grave— se reserva el comentario crítico prudente —siendo algo así como la fuerza controladora y moderadora del movimiento—, Pérez Petit, más inquieto y más brioso, se encarga de ir descubriendo las nuevas figuras originales de la intelectualidad europea, los artistas y pensadores revolucionarios de aquella hora." (En *Proceso Intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*. Editorial Claridad, Montevideo, 1941, pág. 204.)

14. Para el estudio de la obra crítica de Rodó en la *Revista Nacional* véase la *Introducción* del Dr. José Pedro Segundo al primer tomo de las *Obras Completas* de José Enrique Rodó (Montevideo, 1945, págs. XI-LV).

Dentro de lo literario los renglones más explotados fueron la poesía, la narrativa (cuentos, novelas en folletín, trozos de novelas), la crítica literaria (que adopta la forma simple de nota bibliográfica o la más ambiciosa del ensayo). A estos tres rubros fundamentales cabe agregar el género dramático y, en un plano de importancia secundaria, el poema en prosa, los pensamientos. Cabe, por último, mencionar las traducciones de poemas. Es en esta clase de colaboraciones donde en grado más característico se reflejan los principios cardinales de la *Revista*, los que hemos recorrido en el capítulo precedente.

El cultivo de las ciencias sociales tuvo, también, marcada importancia. Ya en el *Programa* inserto en el N° 1 se decía: "Siendo el carácter de esta publicación científico y literario de consuno, no rechazará ninguna clase de trabajos que versen sobre aquellas ramas de los conocimientos humanos, aunque, como su mismo nombre lo indica, dentro de la parte científica se preocupará especialmente de las cuestiones que dicen relación con las ciencias sociales. No se ha creído propio del caso circunscribirse á la jurisprudencia, porque las publicaciones de este género sacrifican la parte filosófica y doctrinaria de la ciencia á la reglamentaria y práctica. Proponiéndose, entre otros fines, ser útil á la juventud universitaria, la REVISTA NACIONAL atenderá solícitamente á aquella rama que está vinculada con lazos íntimos á las especulaciones de la filosofía y al *substratum* del derecho." Las colaboraciones de naturaleza jurídica —alejadas, como bien dice el *Programa*, del exclusivo terreno jurisprudencial; casi todas ellas de carácter doctrinal y exegético— versan sobre las distintas ramas del Derecho: civil, comercial, procesal, penal, constitucional, internacional. Además, hay escritos vinculados a la Sociología, a la Economía Política, a la Medicina Legal. También confirma lo dicho en el *Programa* el que la mayor parte de los trabajos tengan un inmediato fin didáctico. Muchos son apuntes de clase; abundan las conferencias dictadas en aulas de la Universidad, etc.

Pero no sólo a la literatura y a las ciencias sociales dedicó la *Revista* su espacio. En sus columnas hallaron lugar temas de Gramática, de Filosofía (lógica y estética), temas de carácter histórico o biográfico y, aún, la mera crónica circunstancial o el apunte de viaje. O, finalmente, las transcripciones de cartas, discursos y conferencias.

Merece una consideración aparte, no por su valor literario intrínseco sino por la proyección que tiene para determinar el *tono* de la *Revista*, el conjunto de *Sueltos* que aparece en la mayor parte de los números. Esos *Sueltos* son para la *Revista Nacional* uno de los medios de inmersión en la realidad literaria del momento, inmersión

que, en un grado más importante, se obtiene a través de la nota bibliográfica. En ellos se recogen noticias sobre las novedades literarias y culturales del país y del extranjero; breves notas a propósito de libros y publicaciones periódicas recibidas; menciones de los nuevos colaboradores que se incorporan a la *Revista*; transcripciones de los juicios que sobre la misma fueron emitidos por diarios y revistas o que constan en cartas dirigidas a los redactores; transcripciones de artículos breves o de cartas significativas; notas relacionadas con la administración interna de la *Revista*; fe de erratas; necrológicas, etc. Estos *Sueltos*, debidos a las plumas de todos los redactores de la publicación, vinculan inmejorablemente a la *Revista* con el aire de su época. Dan a la misma una agilidad y una flexibilidad sumamente oportunas para matizar el tono serio, y en algunas ocasiones endurecido, que es característico de sus columnas. Son, además, de evidente utilidad para el investigador actual.

Nos hemos referido antes al carácter transicional de esta revista. La consideración de sus colaboradores evidencia netamente ese carácter y hace posible su demostración.

Claro está que es en el terreno literario donde el mismo se acusa particularmente. Las ciencias sociales aunque fueran tratadas por personajes de la antigua y de la nueva generación no da lugar, en el caso de la *Revista*, para una diferenciación de tendencias. En cambio, la irrupción en el campo de la literatura de una nueva corriente literaria, de una nueva *manera* cual fué la modernista, permite escindir en dos grupos diferenciados a los colaboradores de la *Revista*.

Sin embargo, no se presenta aquí un problema de oposición, de beligerancia.¹⁵ En la *Revista Nacional* esos dos grupos coexistieron sin rozamientos. Y al lado de escritores fundamentales del modernismo literario figuran, cómodamente, elementos por completo alejados del mismo (pertenecientes, algunos de ellos, a la nueva generación aunque no embanderados en las nuevas tendencias; lo

15. Tal ausencia de beligerancia podría explicarse en función del carácter que Baldomero Sanfín Cano asigna al modernismo literario: "Este movimiento tuvo como rasgo histórico el haber carecido en un todo de carácter de reacción. (...) En el pensamiento y en la acción de los escritores de este período, que nunca pretendieron llegar a formar escuela, estaba excluida la actitud demoleadora. (...) Las pocas señales de espíritu combativo que se dieron a conocer en los pródromos de esa renovación procedieron de quienes la atacaron desconociéndola." (En *Letras Colombianas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1944, págs. 177 y 178). La opinión expuesta contrasta con la de Federico de Onís: "... el modernismo nació como una negación de la literatura precedente y una reacción contra ella." (Op. cit., pág. XIII.)

que hace necesario substituir la oposición viejos-jóvenes por la más exacta de modernistas-no modernistas).¹⁶

Destacados autores nacionales, de notoriedad ya adquirida, prestaron desde un principio su concurso a la *Revista Nacional*. De tal modo ella alcanzó pronto la difusión que en nuestro ambiente pudieron asegurarle esos nombres. Merecen recordarse, entre otros, los de Orestes Araújo, Wáshington P. Bermúdez, Alcides De María, Luis D. Destéffanis, Carlos M. Maeso, Orosmán Moratorio, Daniel Muñoz, Alberto Palomeque, Carlos María de Pena, Abel J. Pérez, Joaquín de Salterain, José Sierra Carranza, Pedro Ximénez Pozzolo (muchos de ellos integrantes del grupo ateneísta y colaboradores asiduos de los *Anales del Ateneo*). Y, entre los poetas, Constantino Becchi, Manuel Bernárdez, Antonio Lamberti, Santiago Maciel, Ricardo H. Passano, Elías Regules, Guillermo P. Rodríguez, Ricardo Sánchez, Ramón de Santiago. También publicó la *Revista*, aunque no con el carácter de colaboración personal, páginas de Eduardo Acevedo, Juan Carlos Blanco, Pedro Bustamante, Enrique Azarola; cartas de Francisco Bauzá, etc., etc.

En cuanto a los escritores extranjeros el índice de la *Revista* recoge, entre los españoles, los nombres de Leopoldo Alas, Manuel Tamayo y Baus, Rafael Altamira, autores de cartas que se transcribieron en la publicación. De América llegaron también firmas cotizadas: Ricardo Palma, Eduardo de la Barra, Rafael M. Merchán, Fidelis P. del Solar, Miguel Luis Amunátegui Reyes, Rafael Obli-gado, etc.

Sin embargo, no está en las producciones de estos escritores lo más perdurable de la *Revista*. Más que la obra que en sus páginas ellos pudieron dejar, interesa la que aportaron figuras de la nueva intelectualidad, las que se revelaron con la *Revista* o que por su intermedio se difundieron en nuestro medio.

Sus cuatro redactores, en primer término. Si bien Víctor Pérez Petit ya había alcanzado cierto prestigio en el ambiente uruguayo, los otros tres —Carlos y Daniel Martínez Vigil, José Enrique Rodó— empezaron a ser conocidos por sus escritos de la *Revista*. E interesa en especial el caso del último de ellos, ya que si otros no hubieran sido los méritos de la *Revista Nacional* merecería de todos modos ser recordada sólo por el hecho de haber revelado e impuesto al futuro autor de *Ariel*. En la misma *Revista* se recogieron juicios en-

16. No se nos escapa la relatividad de los términos escuela, grupo, generación, aplicados a la literatura. Los utilizamos, sin embargo, por la claridad y practicidad de los mismos. De ningún modo admitimos, al referirnos a grupos literarios, la conciencia contemporánea y lúcida, en sus componentes, de integrarlos; ni creemos en la realidad de una escuela modernista (Ver Federico de Onís, op. cit., Introducción).

comiásticos sobre el joven crítico.¹⁷ Su nombre, desde entonces, comenzó a circular —y a interesar— fuera de fronteras; desde entonces, inició Rodó amplias vinculaciones con el elemento intelectual de América y España, preparando así el ambiente propicio para la efectiva resonancia de sus obras posteriores.

Si bien no en el grado alcanzado por José Enrique Rodó, también Carlos Martínez Vigil obtuvo reconocimientos y juicios valiosos determinados, preferentemente, por su actividad en el terreno lingüístico, actividad que supo de choques polémicos con caracterizados escritores americanos.¹⁸ Menor, en cambio, fué la resonancia que alcanzó Daniel Martínez Vigil cuyas colaboraciones son, acaso, las menos memorables entre las del grupo de redactores.

Resulta reducido el número de escritores nacionales, estimables como figuras importantes en la corriente modernista, que colaboraron en la *Revista Nacional*. Aparte de José Enrique Rodó, que sólo con múltiples reservas puede ser catalogado como modernista si es que asignamos al término un sentido restringido, hay apenas dos autores que merezcan señalarse: María Eugenia Vaz Ferreira, en los primeros pasos de su obra poética;¹⁹ Carlos Reyes, del que si apenas un cuento publicó la *Revista*.²⁰ Junto a ellos abundaron escritores de rango menor; y otros que han caído en el olvido más absoluto.

Pero el modernismo literario estuvo eficazmente representado en la *Revista* a través de escritores de otros países americanos y alguno de España. La sola mención de los nombres basta para afir-

17. De Leopoldo Alas, en carta fechada en Oviedo el 29 de diciembre de 1895 (Tomo I, pág. 339); del mismo en un artículo publicado en La Saeta de Barcelona y reproducido en el N° 45 de la *Revista* (Tomo II, pág. 336); de Pierre Ville, en carta a José Enrique Rodó de 14 de octubre de 1897 (Tomo III, págs. 162-163); de Mercedes Cabello de Carbonera en un artículo sobre la *La Vida Nueva I*, aparecido en *El Comercio* de Lima y transcripto por la *Revista* (Tomo III, págs. 169-170); de Rafael Altamira en carta a Rodó fechada en Oviedo el 2 de noviembre de 1897 (Tomo III, pág. 179); de José L. Gomensoro, en carta a Rodó a propósito de *La Vida Nueva I* (Tomo III, pág. 187).

18. Carlos Martínez Vigil mantuvo dos importantes polémicas desde las páginas de la *Revista*. La primera, con Fidelis P. del Solar, reputado lingüista chileno (Véanse las cartas enviadas por Carlos Martínez Vigil y publicadas en el Tomo II, págs. 70-71, 149-151 y 337-339; y las contestaciones de Fidelis P. del Solar que aparecen en el mismo tomo, págs. 113-115 y 210-212). La segunda, menos extensa, con Ricardo Palma, a propósito del folleto *Sobre Lenguaje* (Montevideo, 1897), donde C. M. V. recogiera los artículos que, con el mismo título y sobre un libro de Ricardo Palma, publicara en el Tomo II de la *Revista* (págs. 8-9, 35-37, 58-59, 86-87, 103-104, 119-120, 139-140). Consúltese, en el Tomo III de la *Revista*, la carta de Ricardo Palma a C. M. V., fechada en Lima el 31 de agosto de 1897 (pág. 113) y la contestación del uruguayo fechada en Montevideo el 25 de octubre de 1897 (págs. 146-149).

19. Las poesías de María Eugenia Vaz Ferreira publicadas en la *Revista Nacional* son: "La Eterna Canción" (Tomo I, pág. 5) y "¿Por qué?" (Tomo I, pág. 378).

20. "La Odisea de Perucho" (Tomo I, págs. 195-197).

marlo, aunque no entremos a considerar, en esta revisión sintética, el valor intrínseco de sus colaboraciones ni la distinta naturaleza de las mismas. Rubén Darío,²¹ Leopoldo Lugones,²² José Santos Chocano, Enrique Gómez Carrillo, Ricardo Jaimes Freyre, Salvador Rueda, Rufino Blanco Fombona, Manuel Díaz Rodríguez, Eugenio Díaz Romero, Leopoldo Díaz, Manuel B. Ugarte, Luis y Emilio Berisso, Julio Bambill, Andrés A. Mata, José Rivas Groot, etc., etc. Semejante conjunto de colaboradores basta para justificar —para dar permanencia— a cualquier publicación.

V

Las opiniones que mereciera la *Revista Nacional* entre sus contemporáneos pueden extraerse de sus mismas páginas donde fueran reproducidas con abundancia.

Así, la acogida que la prensa de la época dispensó al primer número donde el tono simpático, la actitud esperanzada, se subordinan a un prudente interrogante abierto al futuro.²³ El aplauso entusiasmado que esa misma prensa supo dedicarle al cierre del primer tomo.²⁴ El juicio ampliamente favorable de intelectuales americanos y españoles.²⁵

También el *Archivo de José Enrique Rodó* suministra algunos datos de interés, ya en los borradores de sus cartas,²⁶ ya en aquellas

21. Las colaboraciones de Rubén Darío en la *Revista Nacional* fueron: *La Klepsidra* (Tomo II, pág. 161); *Marina* (Tomo II, pág. 321); *El amor y la saudade*, traducción de un poema de Eugenio de Castro (Tomo II, pág. 354); una carta a Víctor Pérez Petit (Tomo II, pág. 368); *De Rubén Darío*, poema escrito en un álbum (Tomo II, pág. 376).

22. Leopoldo Lugones publicó seis poemas en la *Revista*: *Flores de pesadilla - Oda a la desnudez* (Tomo II, pág. 149); *A la amante* (Tomo II, págs. 356-357); *Cuadro* (Tomo II, pág. 379); *El pañuelo*, poema que podría suministrar un importante argumento a uno de los bandos en la polémica Lugones-Herrera y Reissig (Tomo III, pág. 67); véase, al respecto, *Lauxar: Motivos de crítica hispanoamericanos*, Montevideo, 1914, págs. 425-426; *Tu piano* (Tomo III, pág. 88); *La cabellera* (Tomo III, pág. 134).

23. Ver *Revista Nacional*, Tomo I, págs. 33-34.

24. Ver *Revista Nacional*, Tomo II, págs. 14-16, 30-32 y 47-48.

25. Así, los de Pedro Pablo Figueroa (Tomo II, págs. 34-35), Adolfo Valderrama (Tomo II, pág. 65), Rafael Merchán (Tomo II, págs. 281-282), Eduardo de la Barra (Tomo II, págs. 288 y 289), Eloy G. González (Tomo II, pág. 326), Leopoldo Alas (Tomo II, pág. 336), Salvador Rueda (Tomo III, pág. 38), Rosendo Villalobos (Tomo III, pág. 62), José M. Barreto (Tomo III, pág. 63).

26. Ver las cartas de Rodó a Francisco García Cisneros y a Rafael Merchán de 3 y 31 de mayo de 1897 respectivamente, transcriptas en el capítulo III. Y la que, con fecha 4 de octubre de 1897, dirigió a Juan Francisco Piquet, donde hace referencia a un elogio de Julio Herrera y Obes publicado en *La Razón*.

que le fueron dirigidas.²⁷ Y, aun, en ejemplares de revistas y diarios, nacionales y extranjeros, que se conservan en su sección *Impresos*.²⁸

Además, es índice de la aceptación que tuvo en su tiempo el hecho de que repetidas veces publicaciones periódicas del exterior reprodujesen trabajos en ella aparecidos.

Sólo si dos o tres voces aisladas señalaron su disentimiento a lo largo de sus tres años de existencia. La que alcanzó más resonancia, por la fama de su autor y la indignada reacción que despertara, fué la proveniente del crítico español Antonio de Valbuena, malintencionada y rastrera, que sólo si a título histórico merece ser recordada. Oposición tan menguada no alcanza a deslustrar el general acuerdo, la prácticamente unánime aprobación de que la *Revista* gozó en su época.²⁹

Un enjuiciamiento general del contenido de esta revista actualiza la declaración formulada por José Enrique Rodó en carta a un destinatario todavía no identificado, cuyo borrador se conserva en el Archivo del escritor: "...á las revistas es aplicable, con más conveniencia que á los libros, aquello de que «no hay libro absolutamente malo». La revista es, por naturaleza, obra de muchos, y

27. Por ejemplo, las de Leopoldo Díaz de 5 de diciembre de 1896 y 7 de enero de 1897; la de J. M. Barreto de 18 de abril de 1897; la de Rufino Blanco Fombona de 8 de setiembre de 1897. También, la de Leopoldo Alas de 11 de agosto de 1897 señalada en las notas 12 y 33.

28. La *Revista de Derecho, Jurisprudencia y Administración*, Año II, Nº 14, Montevideo, 2 de abril de 1896, pág. 221. *Revista Argentina*, Año II, Nº 11, Buenos Aires, 30 de enero de 1897, pág. 148. *La Saeta*, Año VIII, Nº 327, Barcelona, 25 de febrero de 1897, págs. [2-3] (con el juicio de Clarín mencionado en otras notas). *Flor de Lis*, Tomo I, Nº 23, Guadalajara (México), 19 de marzo de 1897, pág. 230. *La Verdad*, Año III, 2ª época, Nº 93, Rivera, 21 de marzo de 1897, pág. [1] (con el artículo de Pedro Cosío sobre la *Revista Nacional*, reproducido en la misma, Tomo II, págs. 327-328); *La Tribuna Popular*, Año XIX, Nº 5344, Montevideo, 28 de mayo de 1897, pág. [1]; *Flor de Lis*, Tomo II, Nº 9, Guadalajara (México), 15 de setiembre de 1897, pág. 90. Etc., etc.

29. La crítica de Valbuena a que hacemos referencia apareció en *El Correo de España*, Año IV, Nº 158, Buenos Aires, 6 de junio de 1897. Quien desee documentarse sobre esta incidencia puede consultar: Víctor Pérez Petit, *El gramaticastro Valbuena*, artículo recogido en el Tomo IV —Lecturas— de sus *Obras Completas* (especialmente la parte segunda: *El espantajo y la Revista Nacional*, págs. 213-232), Montevideo, 1942; Víctor Pérez Petit, *Rodó. Su vida. Su obra*, Montevideo, 1937, págs. 134-136; en la *Revista Nacional*, *Confidencias epistolares* (carta de Carlos Martínez Vigil a Fidelis P. del Solar, Tomo III, págs. 19-20; y contestación respectiva, Tomo III, págs. 97-98), una carta de Alberto del Solar a Carlos Martínez Vigil (Tomo III, págs. 63-64) y *Sueltos correspondientes* al Nº 54 (Tomo III, pág. 96); en el epistolario de Rodó, cartas de J. E. R. a Juan Francisco Piquet, de 12 y 15 de junio y 10 de julio de 1897. Críticas de menor importancia aparecieron en los diarios de Montevideo *El Bien* (18 de agosto de 1897) y *La Razón* de 13 de noviembre de 1897 (carta firmada por Martín Píriz y dirigida a Víctor Pérez Petit).

Por último, y para complementar las noticias que sobre la resonancia de la *Revista* hemos recogido, consúltese Víctor Pérez Petit, op. cit., págs. 69-71, 74-75, 77-79, 84, 131, 134-136.

obra que persiste y se desenvuelve en el tiempo; y habría que su-
poner en quien la dirija una rara infalibilidad «negativa», una in-
verosímil fatalidad de mal gusto y de mal tino, para aceptar que, ni
aun por excepción, logre tener cabida, entre lo malo, alguna cosa
buena.”

Estas palabras pueden asignarse, aunque en un sentido algo
más favorable, a la *Revista Nacional*. En ella, junto a los trabajos
realmente memorables y que conservan todavía hoy vigencia e inter-
rés, se deslizaron a menudo el poema intrascendente, la inexcusable
efusión lírica, la vulgaridad en el tema o en la realización, la cola-
boración de validez transitoria. No escapa hoy, a una lectura me-
dianamente exigente, la calidad de relleno que denuncian muchas
de sus páginas. Irregularidades de tal especie son previsibles —y
tolerables— en una publicación de carácter quincenal.³⁰ No es lícito
exigir en ella una constante e invariable calidad, una tensión man-
tenida sin altibajos.

De cualquier manera el *tono* general de la *Revista* se mantiene,
por encima de esas claudicaciones del rigor, dentro de una dignidad
francamente ejemplar. Lo que hace plenamente explicable el gene-
ral beneplácito con que fué acogida por la opinión del público ilus-
trado dentro y fuera de fronteras.

Conviene, además, no perder de vista, para una valoración
actual, el insubstituible aire de época de sus columnas, ni juzgar las
mismas a partir de una mentalidad rígidamente contemporánea. Se-
mejante actitud, aparte de ser anticientífica, haría peligrar la segu-
ridad y justeza del juicio; e impediría contemplar, en su verdadera
dimensión, las excelencias y las imperfecciones de la *Revista*.

Creemos oportuno, para terminar este capítulo de balance y
en el ánimo de justificar la revisión y el análisis efectuados, repro-
ducir las palabras con que Guillermo de Torre jerarquiza el estu-
dio de las revistas³¹ y que son especialmente aplicables a esta
Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales que ha pasado a
constituir en el pensamiento de algún crítico local, uno de los hitos
calificativos de nuestra evolución literaria.³²

30. Como prueba de las dificultades que se presentaron para colmar cada dos
semanas las columnas de la *Revista*, véase lo que dice Víctor Pérez Petit, op. cit., págs.
71-74, 76 y 79-80.

31. Guillermo de Torre: *La generación española de 1898 en las revistas del tiempo*.
Nosotros, 2ª época, Año VI, N° 67, Buenos Aires, Octubre de 1941, págs. 3-38.

32. “Y para corroborar esto, que no es presunción, sino realidad, basta mencionar
los tres ciclos de nuestra evolución intelectual: la época de la Defensa, la del Ateneo
del Uruguay y la de la *Revista Nacional*.” (Víctor Pérez Petit, op. cit., pág. 39.)

“En efecto, acostúmbrase a estudiar exclusivamente los escrito-
res y las tendencias en sus libros. Pocas veces —y en todo caso
excepcionalmente, nunca de un modo sistemático— la referencia y
la búsqueda llegan a la revista, al artículo perdido, al manifiesto
suelto. La superstición exclusivista del haz de páginas encuader-
nadas, la tendencia a considerar ese bloque compacto que forma
el libro como único testimonio, nos ha privado generalmente de
muy sabrosos complementos en las historias literarias. Sin embar-
go, yo entiendo que el perfil más neto de una época, el esguince
más revelador de una personalidad, el antecedente olvidado o re-
negado de cierta actitud que luego nos asombra, en tal o cual es-
critor, se hallan escondidos, subyacentes, no en los libros, sino en
las páginas de las revistas primiciales. Aun más, suele acontecer
que el escritor si es enterizo, genuino, está ya preformado en aque-
llas; allí aparece su imagen quizá imperfecta, pero más pura y sin-
cera, en su primer hervor, en su sarampión de virulencias.

“Deberíamos, pues, tender a considerar siempre las revistas
como fuentes de conocimiento esencial. Aludo, claro es, no a los
magazines plurales —al modo actual, que cada día van suplantando
más lastimosamente a las auténticas revistas de expresión libre—
sino a las publicaciones de ámbito todo lo minoritario que guste
reprochárselas, pero de espíritu muy individualizado. Aludo a las
revistas que son órgano de un grupo, alma de una generación,
vehículo de nuevas aportaciones.”

Expresa, más adelante, De Torre: “El papel desempeñado por
las revistas, su peso y trascendencia, no sólo en la evolución de la
sensibilidad, el gusto y la cultura de una época y un país, sino más
particularmente en la evolución de una literatura o de una co-
rriente del pensamiento, aun no ha sido justipreciado, si bien ya
amanecen síntomas favorables. (...) Mas yo presiento que ese
papel histórico adjudicado a las revistas irá creciendo en lo suce-
sivo, a medida que vayan cambiando los métodos de escribir las
historias, y paralelamente a la importancia que ya está adquiriendo
en las mismas el concepto de generación.” E insiste con estas pala-
bras que ponen fin a nuestra cita: “Por mi parte confesaré que
desde hace años me ha tentado la idea de escribir una historia lite-
raria contemporánea (...) en función de las revistas, no prescin-
diendo —lo que sería descomedido— de los libros, pero sí teniendo
en cuenta primordialmente la misión desempeñada por las revis-
tas en el surgimiento, evolución y plenitud —o dispersión— de las
generaciones. Junto a la historia, la «petite histoire». Ello permi-
tiría quizá, entre otras ventajas, eliminar ese aire necrológico,
didáctico-escolar que suelen asumir casi todas las historias litera-
rias, tornando el género obsoleto en algo vívido y actual, dando

"su parte a lo anecdótico, reconstruyendo ambientes, momentos y "escenas; en suma, forjando una suerte de nueva historia literaria "vista y revivida desde dentro." Una empresa semejante, que Guillermo de Torre proyectara y realizara respecto del noventaiochismo español, merece ser acometida con relación a nuestro novecentismo. Sirva este trabajo como contribución a esa imposterable tarea.

VI

La consideración de la *Revista Nacional* propone, en último término, dos problemas.

El primero de ellos, que adelantáramos en el capítulo inicial, puede formularse así: ¿Constituye la *Revista Nacional* una publicación novecentista? La respuesta afirmativa que entonces escogimos puede refrendarse, ahora, con los elementos de juicio que hemos intentado exponer en las páginas anteriores. La asunción a un ideario americanista; la calidad de las firmas que agrupó, sobre todo a partir del tomo segundo, representantes elocuentes del novecentismo americano; la orientación a un evidente propósito de modernidad por la consideración de temas y autores significativos de las nuevas tendencias; la lúcida voluntad renovadora que, sin necesitar de posturas combativas, supo imprimir en grado creciente a sus columnas; todo ello parece desvincular a la *Revista Nacional* del siglo que terminaba e introducirla, según la perspectiva que hoy podemos asumir, en el novecientos. Por otro lado, las revistas no llegan a constituir un ente diferenciado de los hombres que las construyen, que les dan existencia. Y es significativo que esos hombres de la *Revista Nacional*, aquellos por la que ella perdura e importa, pasaron a engrosar, a menudo en forma señera, las filas de la generación novecentista. Ya indicamos que, pese a no ser una revista juvenil, fué la *Revista Nacional* una revista de jóvenes. Esos jóvenes no escaparon a su manifiesto destino. Fué el novecientos el ámbito de su crecimiento y su culminación.

El segundo problema ya se restringe a un campo más formal. Radica en la influencia que le cupo a la *Revista* sobre el movimiento modernista. Porque si a esa corriente pueden adscribirse una serie de nombres importantes que transitaron sus páginas, cabe pensar que un hipotético adoctrinamiento pudo emerger de las mismas. Conviene renovar aquí las palabras de Sanín Cano que constan en la nota 15. Si el modernismo, como escuela o agrupación de escritores, despreció la acción proselitista, también la descuidó la *Revista Nacional* que, en ningún momento, aspiró a una militancia modernista.

La influencia que pudo haber tenido no emana, entonces, de una *actitud* ni de un *programa*. Sin embargo, creemos que ella existió. La difusión que entre toda la intelectualidad de habla española alcanzara —al punto de que bien puede decirse que fué la más difundida entre las publicaciones americanas de su género en su época—; el hecho de que en sus páginas lucieran trabajos de los máximos exponentes de la tendencia modernista; el cuidado que a la misma dedicó por medio del ejercicio de la crítica, contribuyeron en medida notable a la expansión y extensión del modernismo literario. Hizo que el modernismo creciera en tanto le dió cabida, en tanto le permitió expresarse. Ese es, para nosotros, el sentido que puede asignarse, en este caso, a la palabra *influencia*. Aunque, insistimos, la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* no haya sido, en sí, una revista modernista.³³

33. Alberto Zum Felde, procurando fijar la filiación de la *Revista Nacional*, sus determinantes ideológicas, sostiene en *Proceso Intelectual del Uruguay y crítica de su literatura* (Editorial Claridad, Montevideo, 1941): "La «Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales», publicada desde marzo del 95 hasta noviembre del 97, es el órgano de expresión más representativo de las nuevas tendencias, ya que en él, de modo más definido y categórico, repercute el múltiple movimiento operado en el seno de la cultura occidental durante aquel último tercio del XIX. (...) Recién hacia el 95, y en las páginas de la «Revista Nacional», cuajan las corrientes modernas y encuentra resonancia aquella compleja agitación que en los centros de ultramar había renovado tan profundamente, en los últimos lustros, las ideas y las formas." (págs. 195-196.) Y corrobora: "Literariamente, el nuevo período se inicia, pues, en las páginas de la «Revista Nacional», siendo dos de sus jóvenes directores, Rodó y Pérez Petit, sus más activos agentes; concurre a poco Reyles, con sus Academias." (pág. 204.) Más adelante incurre en una evidente contradicción al afirmar: "La «Revista Nacional», como índice del estado intelectual de aquel último lustro del Ochocientos, no presenta, fuera de los artículos de Rodó y de Pérez Petit, mayores síntomas de modernismos, ni literarios ni ideológicos. Sólo se percibe, a través de ella, el vasto influjo del positivismo realista, en la literatura y en las ciencias sociales. La Revista misma, dado su programa ecléctico, no responde en su dirección a tendencias determinadas. Algunas producciones poéticas, dentro de las nuevas modalidades, aparecen en ella firmadas por escritores extranjeros: Rubén Darío, Leopoldo Díaz, Jaimes Freyre, Lugones; ninguna por uruguayos." (págs. 206-207.) Zum Felde, que pensaba al hacer las primeras puntualizaciones en un sector —importante pero parcial— de la publicación, se refiere, cuando expone la final, a la totalidad de la Revista. Y es esta última la que consideramos acertada, si bien es necesario atemperarla y precisarla en mérito a las conclusiones expuestas en el texto.

Creemos útil, por fin, recoger las opiniones de Clarín a propósito de la Revista ya que las mismas señalan la evolución cierta que, con respecto al modernismo literario, se operó en sus páginas. En el palique que publicara el 25 febrero de 1897 *La Saeta* de Barcelona (ver notas 17, 25 y 28) dice Clarín: "En América se publican muchas revistas literarias de jóvenes que imitan á los decadentes franceses, y esas revistas, por lo general, son de insoportable lectura. Pero hay una, que no es decadentista, titulada *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, que se publica en Montevideo, la cual es una honrosa excepción, por lo discreta, seria, original é ilustrada." Más tarde, en la carta de 11 de agosto de 1897 (ver notas 12 y 27), comentaba: "Mis elogios de la *Revista Nacional* eran espontáneos y sinceros. Y para que vea Ud. esta sinceridad, le diré que recibí hace unos meses unos cuantos números que ya no me parecieron tan bien, pues

vi con dolor en ellos demasiado azul, y excesiva intervención de esos señoritos que Ud. llama, con gracioso eufemismo, candorosos. Después vinieron otros números más serios y sentenciosos. Sigán Uds. así. Menos sinsontes disfrazados de gorriones parisienses, y más crítica sería, de gusto y conciencia, como la de Ud. y la de Pérez Petit." (Rodó, en la carta a Leopoldo Alas de 30 de junio de 1897 —ver nota 12— decía del modernismo americano: "Otro de los puntos sobre los que yo quisiera hablar detenidamente a Vd. es el de mi modo de pensar en presencia de las corrientes que dominan en nuestra nueva literatura americana. Me parece haberlo afirmado alguna vez: nuestra reacción antinaturalista es hoy muy cierta pero muy candorosa; nuestro modernismo apenas ha pasado de la superficialidad. En América, con los nombres de **decadentismo** y **modernismo**, se disfraza a menudo una abominable escuela de trivialidad y frivolidad literarias; una tendencia que debe repugnar a todo espíritu que busque ante todo, en la literatura, motivos para sentir y pensar. Los que hemos nacido a la vida literaria, después de pasados los **tiempos heroicos** del naturalismo, no aceptamos de su legado sino lo que nos parece una conquista definitiva; los que vemos en la inquietud contemporánea, en la actual renovación de las ideas y los espíritus algo más, mucho más, que ese prurito enteramente pueril de retorcer la frase y de jugar con las palabras a que parece querer limitarse gran parte de nuestro decadentismo americano, tenemos interés en difundir un concepto completamente distinto del modernismo como manifestación de anhelos, **necesidades** y **oportunidades** de nuestro tiempo, muy superiores a la diversión candorosa de los que se satisfacen con los logogrifos del decadentismo **gongórico** y las ingenuidades del **decadentismo azul**." Y en la de 5 de setiembre de 1897 —ver la misma nota 12— fijando su posición del momento con respecto a las nuevas tendencias y su concepto en cuanto al verdadero modernismo, insistía: "Con esta carta recibirá Ud. un ejemplar del primer opúsculo de **La Vida Nueva**, colección de folletos literarios que me propongo publicar. Si no desconfiase de mis fuerzas para tal empresa, diría que el plan de esa colección se basa en el anhelo de **encauzar** al modernismo americano dentro de tendencias ajenas a las perversas del decadentismo azul... o **candoroso** según Ud. y yo hemos convenido en llamarle, valiéndonos, como Ud. dice, de un eufemismo.") La receptividad para ese modernismo azul, lamentada por **Clarín**, ha quedado evidenciada en el capítulo IV de este trabajo, con la comprobación del aumento de escritores de esa corriente que prestaron su colaboración a la **Revista**. El N^o 47 —Año III, Tomo II, 10 de marzo de 1897— cuyo índice reúne las firmas de Víctor Pérez Petit, Luis Berisso, Rubén Darío (los dos últimos como traductores de páginas en prosa y verso de Eugenio de Castro), Leopoldo Lugones, Ricardo Jaimes Freyre, Eugenio Díaz Romero, sería una prueba más de la tendencia anotada que, si no permite, en último término, catalogar a la **Revista Nacional** como revista modernista, la vincula en grado importante a ese movimiento literario.